

De Iberia a Hispania

Temas de introducción

En este capítulo se estudian los pueblos primitivos de la Península Ibérica, las diferentes colonizaciones y, sobre todo, el papel fundamental de Roma en la formación de la cultura española. Como preparación, podemos reflexionar sobre los antecedentes de la identidad cultural de los Estados Unidos (EE.UU.); ello nos permitirá comprender mejor el pasado y conectarlo con el presente.

1. ¿Qué elementos culturales de las Islas Británicas han tenido mayor impacto en la formación de EE.UU.? ¿Qué otros factores no británicos anteriores a la colonización inglesa se han preservado o se han incorporado después de ella?
2. Como veremos en las siguientes páginas, muchos grupos humanos llegaron a la Península Ibérica atraídos por su riqueza, empujados por la presión de otros pueblos o motivados por una mentalidad imperialista. Piensa ahora en las razones por las que hombres y mujeres de diferentes etnias —incluidos los europeos, amerindios, africanos, latinoamericanos, asiáticos, etc.— se han establecido en EE.UU. a lo largo de la historia. Menciona las causas específicas que les han traído a estas tierras.
3. La peculiar situación geográfica de la Península Ibérica la convirtió pronto en una tierra deseada por muchos pueblos en la antigüedad mediterránea. ¿Crees que la posición geográfica de EE.UU. ha hecho también de este país una tierra receptora de migraciones? Piensa en ejemplos del pasado y del presente.

1 Introducción: La geografía como destino

La historia antigua de la Península Ibérica y de sus gentes está marcada, más que la de ninguna otra época, por la peculiar posición geográfica de su territorio. Desde las primeras huellas de la presencia del hombre en tierras peninsulares hasta la invasión romana, pasando por las migraciones iberas y celtas, la cultura de Tartesos y las colonias de griegos, fenicios y cartagineses, esta tierra fue, durante toda la antigüedad, el escenario de un cruce constante de gentes, culturas, civilizaciones e intereses comerciales y militares. Iberia, Celtiberia e Hispania son algunos de los nombres de este espacio que, alrededor del siglo V a.C. dejó de ser un territorio lejano y misterioso, un peligroso “Far West” habitado por gentes primitivas, para convertirse en una “California” de riquezas (oro, plata, vino, olivos, trigo) codiciada por los imperios del momento. Para el siglo II (d.C.), y como consecuencia de la ocupación romana, Hispania ya tenía una cierta uniformidad administrativa y política, una red de caminos, un idioma multinacional (el latín) y una de las regiones (la Bética, al sur) más prósperas de todo el Mediterráneo.

La historia antigua de la Península Ibérica no se puede estudiar utilizando la concepción moderna de *estado* o *nación*. Griegos, fenicios y cartagineses no invadieron a un pueblo ya

español o españolizado, con una conciencia de identidad y de unidad nacionales y sobre quien imponer un modelo de nación. La colonización de Roma, sin embargo, sí produjo un alto grado de unidad política en la península, que acabó siendo una de las provincias más romanizadas del imperio. A pesar de ello, tampoco se puede considerar que la Hispania romana tuviera un sustrato de identidad española. La idea de “España” como entidad política y proyecto nacional no aparece hasta finales de la Edad Media, y es incorrecto utilizarla antes de esa época. El concepto de *españoles* es tan inaplicable a los primeros pobladores de la península como el de *U.S. citizens* lo sería para los peregrinos del Mayflower o los guerreros de Sitting Bull. Estos pueblos son, pues, *iberos*, *celtas*, *hispanorromanos* o —más adelante en la historia— *godos* o *árabes*. Pero, de la misma manera que vemos las raíces de algo auténticamente americano en los peregrinos de Nueva Inglaterra o en los indígenas norteamericanos, en los iberos, celtas, fenicios e hispanorromanos se pueden rastrear algunas de las raíces históricas y culturales que acabarán, más adelante en la historia, siendo parte de lo español.

2 Los iberos

Los iberos eran uno de los pueblos más avanzados de todos lo que habitaron la Península Ibérica en la antigüedad. Las investigaciones de los arqueólogos han permitido determinar que estos pueblos ya estaban establecidos en amplias zonas del sur, del este, del interior y de las áreas montañosas de la Península Ibérica en la edad del bronce (1.700–800 a.C.), pero no han logrado averiguar su origen. Los estudiosos están divididos entre los que piensan que los iberos procedían del norte de África y los que buscan su origen en las montañas del Cáucaso.

Los primeros testimonios escritos que tenemos de los iberos proceden de historiadores griegos y romanos, que los describen como guerreros feroces y muy hábiles en los territo-

rios montañosos, que iban a las batallas cantando y moviendo los brazos rítmicamente, armados con una jabalina corta y un cuchillo y vestidos —al menos los soldados de alto rango— con una túnica de color azul con botones en el cuello. Eran famosos, además, por su rapidez, por su facilidad para correr, ocultarse y atacar por sorpresa y por su dominio de la guerra de guerrillas. Esta manera de combatir causó muchos problemas a las legiones romanas, que necesitaron casi dos siglos para controlar la península.



Dama de Elche (arte Ibérico)

Dado su espíritu independiente y la naturaleza montañosa del territorio, nunca formaron grandes confederaciones ni estructuras políticas estables, lo que facilitó la ocupación de sus dominios por pueblos mejor organizados que ellos. Sus casas eran pequeñas y tenían forma cuadrada o rectangular y eran de piedra en el norte y de adobe

¿SABÍAS QUE...?

LA PENÍNSULA IBÉRICA EN LA PREHISTORIA

Los arqueólogos piensan que los primeros homínidos fueron originarios de África, y desde allí se extendieron lentamente por Asia y Europa, donde llegaron siguiendo las migraciones de las manadas de animales de las que dependía su subsistencia. Los restos arqueológicos encontrados en lugares tan distantes como Granada, Murcia y sobre todo Atapuerca (Burgos) revelan que estos homínidos ya habitaban la Península Ibérica hace algo más de un millón y medio de años. En Atapuerca se han desenterrado los esqueletos de 33 individuos de diferentes edades y los restos más completos del llamado *Homo Heidelbergensis*, antepasado del hombre de *Neanderthal*, y del que hasta ahora sólo se conservaba una mandíbula. Pero sin duda el descubrimiento más importante de este yacimiento es el del *Homo Antecessor*, un homínido anterior al *Heidelbergensis* y al *Neanderthal* que habitaba en el área hace unos 800.000 años y que representa una línea de evolución distinta de la que dio origen a nuestra especie. El hombre de *Neanderthal* también habitó la península, especialmente las cuevas de las zonas montañosas. En ellas se han encontrado, además, restos abundantes de herramientas, armas, vestidos, orna-

mentos y pinturas que datan del periodo paleolítico (hasta el año 10.000 a.C.), y que nos hablan de grupos humanos que ya tenían inquietudes artísticas, sistemas de creencias y ritos religiosos y sociales. Las cuevas de Altamira, situadas cerca de la ciudad de Santander, son los ejemplos más conocidos del arte de este periodo. En sus paredes existen numerosas representaciones de bisontes y otros animales pintados en rojo y negro.

A partir del año 10.000 a.C. —periodo que en historia se conoce con el nombre de neolítico— comienzan a aparecer comunidades humanas más sedentarias y evolucionadas socialmente. De ellas se conservan, además de pinturas, unas enormes construcciones de piedra llamadas *megalitos* que tenían funciones rituales. Los restos más importantes de estos grupos se han encontrado en la zona del Levante y en algunas áreas del interior próximas al Mediterráneo. Hace unos dos o tres mil años —ya en la edad de los metales— comenzaron a aparecer en la Península Ibérica formas más complejas de organización social. De esta época se han encontrado restos de torres que pertenecían a ciudades amuralladas.

en el sur y en el Mediterráneo. Normalmente tenían una sola planta y algunos subterráneos para almacenar las provisiones. La estructura urbana más característica era el *oppidum*, grupo de casas con una plaza central establecido alrededor de un pequeño fuerte amurallado en la cima de una colina o montaña desde la que podían controlar los valles agrícolas y defenderse de las incursiones militares de sus enemigos.

Su sociedad estaba organizada en castas y en pequeños núcleos familiares monógamos que valoraban la fidelidad matrimonial y la castidad de los jóvenes. Algunas ciudades, como Sagunto, tenían la estructura política de ciudades-estado independientes y estaban gobernadas por dos asambleas, una consultiva compuesta por los notables y otra popular que tomaba las decisiones. El poder se garantizaba a través de la *devotio*, un pacto de lealtad que se extendía hasta la muerte del jefe, beneficiario del apoyo y protección de un grupo de varones que estaban dispuestos a dar la vida por él y que en ocasiones se suicidaban inmediatamente después de su muerte. Estas costumbres nos recuerdan la intensa lealtad grupal de otros pueblos mediterráneos, como los de las sociedades secretas de la Mafia y la Camorra del sur de Italia y Sicilia. La *devotio*, sin embargo, no tenía fines criminales sino sociopolíticos.

Los iberos no comenzaron a utilizar monedas propias hasta casi el siglo III a.C., aunque pronto las abandonaron para usar las del Imperio Romano. Producían aceite de oliva y vino, cultivos que probablemente aprendieron de los comerciantes griegos. Los trabajadores del campo recibían un salario, pero cuando la economía no iba bien, muchos de éstos se hacían bandidos. Se dedicaban también a la explotación de las minas, donde utilizaban esclavos como mano de obra, y eran expertos criadores de ovejas. Gustaban de decorar su abundante cerámica con figuras humanas y diseños geométricos.

Practicaban una religión naturalista en la que se pueden detectar influencias griegas y fenicias. Como muchos otros pueblos mediterráneos, adoraban el toro y las palomas y ofrecían pan, aceite y miel a los dioses de la fertilidad en bosques y colinas que consideraban sagrados. La incineración era la práctica funeraria más extendida, y celebraban grandes fiestas y bailes en los entierros de los personajes importantes.

Sabemos muy poco de su lengua; por los restos de inscripciones funerarias se cree que tenían un alfabeto formado por cinco vocales y seis consonantes. Unas pocas palabras iberas —como *manteca*, *perro*, *barro* y *gordo*— resistieron la llegada del latín y han pasado al español moderno. Se han encontrado también inscripciones ibéricas con palabras similares al actual euskera, por lo que se ha especulado que los vascos eran parte de los antiguos iberos. No podemos afirmar esto con seguridad, aunque se sabe que ninguno de estos dos pueblos pertenecía a la familia lingüística indoeuropea.

3 Los celtas

Los celtas formaban parte de la gran familia de pueblos indoeuropeos originarios del actual Irán que se fueron extendiendo lentamente por el Cáucaso, Europa Oriental, las Islas Británicas y Francia hasta la Península Ibérica. Sus primeros asentamientos en la península se localizaron en los valles pirenaicos de Cataluña y Aragón, y desde allí se fueron estableciendo progresiva y lentamente por la actual Castilla y por el noroeste (Asturias, León, Galicia y norte de Portugal). En el valle del Ebro y en la actual provincia de Soria fundaron pequeños poblados de diseño rectangular con plaza central y murallas, mientras que en el noroeste construyeron casas circulares —llamadas *castros*— similares a las encontradas en el norte de Francia y las Islas Británicas. Pronto entraron en contacto con los iberos, con los que se mezclaron y se asimilaron rápidamente, formando un núcleo llamado *celtíbero*. Sus contactos con los vascos, sin embargo, fueron escasos. La firme resistencia de los celtíberos a la romanización hizo que durante mucho tiempo los historiadores nacionalistas los consideraran como la esencia y la base del pueblo español.

Los celtas eran un pueblo menos desarrollado culturalmente que los iberos. Aunque no conocían bien las técnicas de la cerámica, sabían utilizar el hierro para construir armas y utensilios, y eran excelentes cazadores. Sus costumbres eran similares a las de los otros pueblos célticos del norte de Europa. Sabemos que se organizaban en tribus donde el poder político era compartido por los jefes militares y los sacerdotes quienes, además de sus tareas religiosas, se ocupaban de impartir justicia. Organizaban grandes ceremonias funerarias en las que incineraban a sus muertos y ofrecían sacrificios a la luna, a los ancestros y a divinidades femeninas que protegían la maternidad humana y animal. La mujer tenía un papel importante en las decisiones de la tribu. Bebían una especie de cerveza y desconocían el vino.

4 Fenicios y griegos

Durante más de siete siglos (entre los años 1.100 y 400 a.C.) los fenicios y los griegos controlaron el comercio de artículos de lujo (joyas, ropas y especias) y de otros bienes de consumo (pescado conservado en sal, cobre y estaño) en todo el Mediterráneo. La expansión de estos pueblos los llevó inevitablemente a la Península Ibérica, en cuya costa mediterránea fueron estableciendo —entre los años 750 y 200 a.C.— una serie de ciudades comerciales. El contacto entre iberos, griegos y fenicios produjo una inevitable mezcla de culturas que afectó el estilo de vida, la sociedad y las costumbres de colonizadores y aborígenes. Así, a partir del siglo VI, y especialmente en la costa mediterránea, era difícil distinguir qué elementos eran específicamente autóctonos y cuáles eran importados. Al mismo tiempo, las alianzas matrimoniales entre nativos y colonizadores formaron, poco a poco, una casta superior mestiza de iberogriegos e iberofenicios que se beneficiaba de la explotación de las minas de cobre y estaño y de la comercialización del pescado conservado en sal.

Los fenicios —un pueblo semita, étnicamente similar a los judíos y originario de la actual Libano— eran excelentes marineros y hábiles comerciantes. Su dominio de las técnicas de navegación —de las cuales aprendieron griegos y romanos— y su espíritu mercantil los llevaron a organizar una red comercial que tenía su centro en el Mediterráneo. Esta red se extendía desde las ciudades bíblicas de Tiro y Sidón hasta el África negra y las Islas Británicas, donde vendían objetos de cristal, telas, colorantes textiles y artículos de lujo de Mesopotamia. Cuando sus ciudades principales fueron invadidas por los asirios, se trasladaron a Cartago, una colonia que habían fundado en el norte de África. En el año 1.000 a.C. ya estaban establecidos en la Península Ibérica, donde tenían colonias en lugares como Gadir (Cádiz, una ciudad portuaria junto al estrecho de Gibraltar), Malaka (la actual Málaga), Abdera (Agra, Almería) y Sexi (Almuñécar, Granada), además de la isla de Ibiza.

Las ciudades fenicias eran entidades independientes entre sí, aunque solidarias en caso de crisis. Estaban gobernadas por dos reyes elegidos por sufragio que contaban con la ayuda financiera de la poderosa casta comerciante —la clase social no estaba determinada por la familia sino por el nivel económico— y de una asamblea popular y un senado. Aunque las excavaciones arqueológicas son muy incompletas, sabemos que a los fenicios les gustaba construir sus ciudades cerca de la costa, en un recinto amurallado generalmente rodeado de un foso, con un edificio para el culto religioso en el centro y un cementerio fuera de las murallas. Los fenicios crearon el alfabeto más elaborado de la antigüedad, en el cual se basó el de los griegos.

Los griegos controlaron el comercio en el norte del Mediterráneo peninsular desde el siglo VIII al VI a.C. Una serie de crisis políticas y sociales por las que pasaron las islas griegas forzaron a muchos a emigrar de las metrópolis de Atenas y Corinto a las colonias de Iberia. Ello fue beneficioso para los principales asentamientos griegos en la península —como Ampurias (cerca de Barcelona) y algunas ciudades situadas cerca de la actual Alicante— que crecieron en población y en importancia económica.

Los griegos mostraron una mayor dedicación a las explotaciones agrícolas que los fenicios. Además del comercio, se dedicaron al cultivo del aceite —en Cataluña y Valencia

¿SABÍAS QUE...?

TARTESOS

Desde la edad de bronce existió una cultura importante situada entre el río Guadalquivir y la actual frontera con Portugal que fue, sin duda, la más desarrollada y rica de las autóctonas de la Península Ibérica y que tuvo su esplendor entre los siglos X y VI a.C.

A pesar de la importancia de los tartesios, sabemos todavía poco de ellos, y su historia ha estado tradicionalmente unida a la leyenda. Los primeros testimonios sobre su existencia son antiquísimos. Ya en el Antiguo Testamento se habla del comercio entre los israelitas y los pueblos occidentales de *Tarschish*, versión hebrea de la palabra Tartessos. Varios cronistas y geógrafos griegos se refirieron a su rica civilización, a su abundante literatura, a sus leyes escritas en verso y a sus riquezas en oro y plata. Durante toda la antigüedad se extendieron las leyendas sobre su padre-fundador Geryon, un hombre sabio y rico que tenía tres cabezas y que llegó a vivir cientos de años. Esta leyenda de origen indoeuropeo aparece mezclada con otras de procedencia mediterránea oriental, como la que atribuye la fundación a Gárgoris y su nieto Habidis (o Habis), creadores de sus ciudades y padres de la agricultura. Se cree que la leyenda de Habidis está basada en la existencia histórica de un rey que se llamaba así.

Aunque el origen étnico de los tartesios era probablemente ibérico, su alfabeto, que aún hoy permanece sin descifrar, no lo era. De la información conservada en sus inscripciones y cerámicas se puede deducir que adoraban a las estrellas, así como a los toros y a los pájaros. Su monarquía tuvo un largo período de estabilidad política, lo que les ayudó a dominar a las tribus de todo el sur de la Península Ibérica. Su prosperidad se debió a la explotación de las minas de plata, estaño y bronce, así como al desarrollo de una agricultura muy sofisticada para la época, que utilizaba canales para el riego de frutas y verduras. También exportaban sal y vendían pescado seco a fenicios y griegos, pueblos que terminaron por influir intensamente en sus costumbres.

No sabemos muy bien por qué una cultura tan desarrollada desapareció de una manera tan radical y rápida. La historiografía tradicional siempre sospechó que los tartesios no pudieron competir con los fenicios. Hoy se cree que fue precisamente la decadencia fenicia lo que terminó con su extensa red comercial y acabó causando su ruina.

plantaron olivos que todavía existen hoy— de cereales y a la producción de vino. Tampoco se limitaron a comerciar con los iberos de la costa, sino que extendieron su actividad al interior peninsular, donde vendían los productos agrícolas que explotaban en sus asentamientos del levante.

La presencia de comerciantes y colonos griegos en la Península Ibérica, sin embargo, fue muy limitada, y la helenización cultural y política de sus habitantes fue menor de la que se produjo en el resto del Mediterráneo oriental y Egipto. A pesar de ello, su influencia se dejó sentir en las costumbres de las élites autóctonas, especialmente en su forma de vestir y de comer y en el culto religioso, ya que muchos ibéricos se convirtieron al paganismo helénico.

La imaginación mitológica de los griegos creó terribles leyendas de monstruos, peces horribles y otros peligros de navegar más allá del estrecho de Gibraltar. Estas leyendas, que tenían el objetivo de disuadir a otros pueblos mediterráneos de explorar las costas atlánticas, sobrevivieron en diferentes versiones hasta los tiempos de Colón.

¿SABÍAS QUE...?

EL TINTE MORADO DE LOS FENICIOS

De todos los productos de lujo con que comerciaron los fenicios por el Mediterráneo, el más valioso era el tinte de color morado utilizado para teñir telas de alta calidad. La ciudad fenicia de Tiro, el más industrial de sus tres grandes centros urbanos, era el centro productor de este tinte tan apreciado en el mundo antiguo.

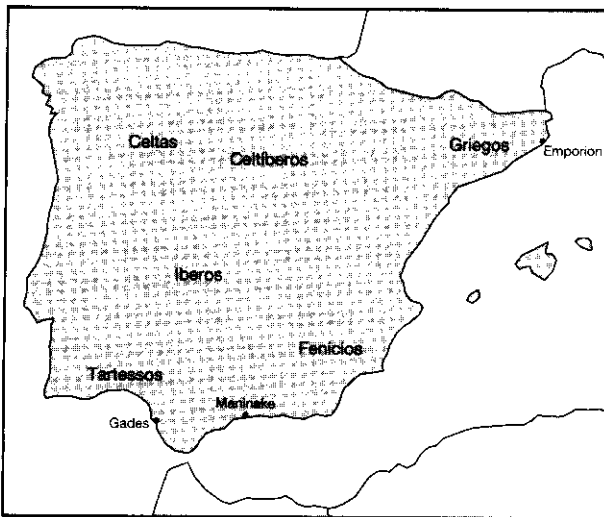
El tinte morado era extraído de un molusco grande de concha espectacular. Unas pocas gotas de esta

sustancia eran suficientes para colorear una gran superficie de tela. El proceso de extracción era muy difícil, y los fenicios lo mantuvieron en secreto, lo que les dio el monopolio de su explotación y su comercio. Este tinte era tan caro que durante siglos sólo los muy ricos podían permitirse comprarlo. La vieja expresión inglesa *born in the purple* tiene aquí su origen.

5 Cartago contra Roma

Los cartagineses eran descendientes de los fenicios que se habían instalado en la ciudad norteafricana de Cartago, desde donde continuaron su expansión comercial por todo el Mediterráneo. El centro cartaginés en la Península Ibérica se situó en Cartago Nova (Nueva Cartago, hoy Cartagena). Cuando las ambiciones comerciales de este pueblo se transformaron en deseos imperialistas chocaron con los intereses de Roma, la otra potencia económica y militar de la época. Un tratado firmado entre ambos pueblos en el año 509 a.C. delimitó las áreas de influencia y las rutas comerciales de cada uno de ellos en un Mediterráneo que hasta entonces había sido un mar abierto para todos. A pesar de este

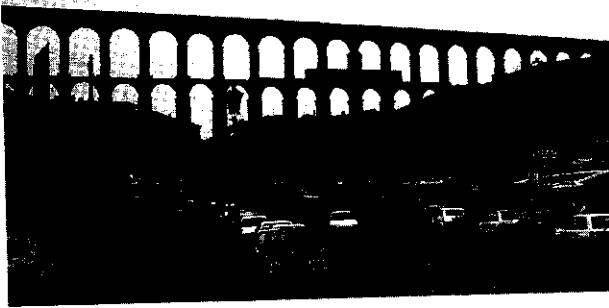
tratado, pronto empezó a ser evidente que no había sitio para dos imperios en un espacio tan pequeño, y la guerra resultó inevitable. Después de una primera victoria romana, un nuevo tratado (firmado en el año 266 a.C.) aseguró a Roma el control de las islas de Córcega y Cerdeña y de los territorios situados al norte del río Ebro (aproximadamente la actual Cataluña) y dejó el resto de la península bajo la influencia cartaginesa. Para contrarrestar las pérdidas de la guerra, los cartagineses emprendieron una campaña de expansión por zonas de la península que les pudieran proporcionar materias primas, mano de obra para explotarlas y soldados para sus ejércitos. Gracias a una combinación de



Pueblos de la Península Ibérica entre los siglos VII y II a.C.

guerra, diplomacia y alianzas con algunas tribus autóctonas, en poco tiempo lograron extender su influencia hasta cerca del río Ebro. El asedio y la conquista de Sagunto —ciudad aliada de Roma— por el general cartaginés Aníbal provocó una segunda guerra entre romanos y cartagineses. Éstos decidieron combatir a los romanos en un doble frente y, mientras Aníbal cruzaba los Pirineos y los Alpes para atacar por el norte de la actual Italia, su hermano Asdrúbal les hacía la guerra en la Península Ibérica. Las tropas de Aníbal consiguieron llegar hasta las puertas de Roma, pero las victorias romanas en Hispania le impidieron obtener los refuerzos necesarios para completar la conquista de esta ciudad. Los romanos aprovecharon esta ocasión para penetrar por el sur de Hispania y, con el apoyo de algunos líderes ibéricos, dividir al ejército cartaginés, controlar la península y convertirla en una provincia del imperio.

6 De la ocupación de Hispania a la crisis del imperio



Acueducto romano de Segovia

Después de derrotar a los cartagineses los romanos se asentaron primero en la costa mediterránea y en el sur de la Península Ibérica, es decir, en las mismas zonas que habían sido antes fenicias, griegas y cartaginesas, y que además eran las más ricas y desarrolladas. Pero, diferencia de los otros colonizadores, no se conformaron con estos territorios, sino que extendieron su dominio y su influencia por casi toda la península. El control político y administrativo de ésta fue, sin embargo, lento y dificultoso. Duran

gran parte de los siglos II y I a.C., las tribus celtíberas del centro y el oeste y los cántabros astures del norte resistieron la penetración de los soldados de Roma. A pesar de que la oposición local nunca tuvo ni una organización eficiente ni una estrategia a largo plazo, las continuas rebeliones y la guerra de guerrillas, en la que las tribus locales eran expertas, acabaron convirtiendo a un amplísimo territorio del norte y de las montañas de la actual Castilla en frontera peligrosa para las legiones invasoras, que tuvieron allí miles de bajas. Líderes autóctonos como Viriato y resistencias tenaces como la de Numancia —ciudad situada cerca de la actual Soria cuyos habitantes, asediados durante años, prefirieron la muerte a la esclavitud, y se suicidaron en masa— llegaron a ser una verdadera obsesión para el imperio. El final de la resistencia de Numancia (133 a.C.) significó un gran alivio para el imperio, que ganó con su victoria el control definitivo de las zonas cerealistas del Duero y de los accesos al sur de las Galias (hoy Francia), además de muchos miles de esclavos para el trabajo en las minas. El avance hacia el norte y el noroeste, sin embargo, fue lento, en parte por las diferentes crisis políticas que atravesó el imperio y en parte también porque, al estar dominadas ya las zonas más rentables económicamente, este territorio tenía un interés prioritario para Roma.

A partir de este momento, los conflictos más importantes en suelo ibérico fueron causados por los propios romanos que, en varias guerras civiles, usaron Hispania co

escenario en el que dirimir sus ambiciones particulares. La pacificación total del imperio no se logró hasta que el emperador Augusto derrotó a sus rivales romanos en el año 29 a.C. Comenzó entonces la *Pax Augusta*, uno de los periodos más largos de paz en el Mediterráneo antiguo. La estabilidad que produjo el fin de las guerras civiles permitió a los romanos concentrarse en extender su orden administrativo, económico y político por el imperio, y en especial por la península. Este es el momento más importante de la romanización de Hispania, proceso del cual se ocupará la siguiente sección.

El dominio romano de la península continuó hasta el siglo III d.C., época en la que se produjeron una serie de crisis políticas, económicas, religiosas y demográficas que crearon un periodo de inestabilidad y acabaron marcando el principio del fin del poder romano. Las constantes luchas por el poder que caracterizaron la vida política de casi todo ese siglo no se resolvieron hasta la proclamación de Diocleciano como líder absoluto (de 284 a 305). Las persecuciones religiosas contra el cristianismo (del siglo I al III) y las disputas teológicas entre cristianos (del siglo IV al V) contribuyeron a la desmoralización y a la desunión de los ciudadanos romanos y acabaron provocando, a finales del siglo IV, la división del imperio en dos grandes bloques: el oriental (Constantinopla), mucho más cristianizado, y el occidental (Roma). Es curioso que, aunque la cristianización de Hispania y la Galia fue mucho más tardía que la de las provincias orientales, siglos después algunas de éstas (Palestina, Siria, Turquía) acabarán convirtiéndose al Islam, mientras que las primeras serán los pilares del cristianismo.

La debilidad del imperio coincidió con un fuerte aumento de la población de las tribus bárbaras que habitaban en sus límites —los germanos y eslavos al norte, los bereberes al sur (norte de África), los persas al este— y que aprovecharon las circunstancias para lanzarse a una campaña de expansión territorial. Las ciudades más ricas de Hispania (Itálica, Sagunto, Cádiz, Tarragona), que en los últimos años habían perdido importancia económica en el conjunto del imperio por la competencia de los productos provenientes de los territorios orientales (Siria, Turquía y Grecia), sufrieron los ataques y el pillaje de grupos de celtas y germanos. Estos pueblos entraban a Hispania por el sur de Francia y llegaban a ellas siguiendo el trazado de las vías romanas, hasta entonces símbolo de la unidad del imperio. Los constantes enfrentamientos bélicos obligaron a las ciudades a aumentar los impuestos para poder pagar las enormes sumas de dinero necesarias para la construcción de fortificaciones y el mantenimiento de un ejército que, ocupado en combates constantes a lo largo de las fronteras del imperio, cada vez resultaba más caro y menos eficaz. La vida política, social y económica de las ciudades se vio afectada muy negativamente por este clima de inestabilidad. Poco a poco se fueron abandonando el comercio y la moneda para volver a una economía de subsistencia, basada en la agricultura y el intercambio de productos. Para escapar del declive económico y de la inseguridad urbana, los ricos comerciantes de las ciudades comenzaron a trasladarse a las zonas rurales, donde establecieron latifundios —grandes extensiones agrícolas en cuyo cultivo se empleaba a un gran número de personas— y crearon una nueva clase dirigente: la de los grandes propietarios de tierras. Muchos trabajadores urbanos perdieron sus ocupaciones y organizaron rebeliones contra los terratenientes o se convirtieron en bandidos. La mayor parte de los antiguos *libertos* —esclavos que habían ganado la libertad gracias al trabajo o a otros méritos— y los colonos libres se trasladaron al campo, donde pasaron a ser siervos de los señores rurales, cuyos pequeños ejércitos privados les ofrecían protección

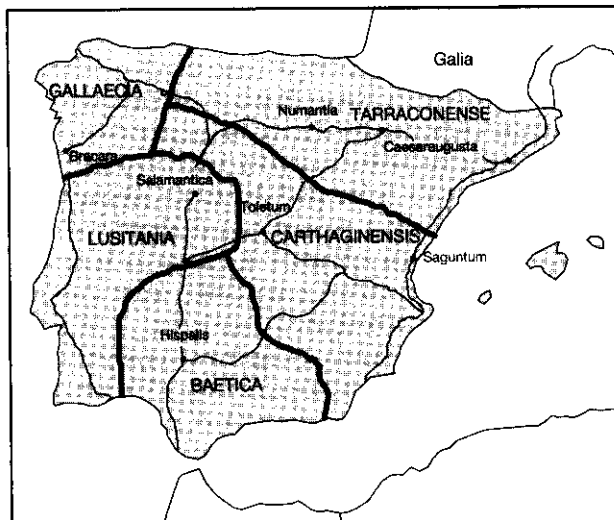
contra invasores, bandidos y rebeldes a cambio de trabajar en la tierra en condiciones durísimas. La disminución del papel social, económico y político de las ciudades y la fragmentación del poder imperial abrieron la puerta a las invasiones germánicas de las que se ocupará el capítulo siguiente.

7 La romanización

La dominación romana significó mucho más que una conquista militar. Las legiones y funcionarios romanos esparcieron por todos los dominios del imperio los usos y costumbres de los invasores, su organización socioeconómica y administrativa, sus instituciones políticas, su cultura y su lengua. Los pueblos invadidos fueron *romanizándose* lentamente, es decir, dejaron de ser colonias y se convirtieron en provincias de un imperio en el que, a pesar de las marcadas diferencias locales, existía un grado significativo de unidad política, cultural y administrativa. La romanización transformó tan profundamente la vida de los pueblos conquistados que algunos de sus principios fundamentales sobrevivieron la caída del imperio y se convirtieron, siglos más adelante, en pilares fundamentales de la civilización occidental y de la cultura europea. Los romanos extendieron el cristianismo por Europa, establecieron los fundamentos de una sociedad basada en el patriarcado y en los derechos de ciudadanía, transmitieron el sentido griego de la belleza —que fue el patrón estético básico del mundo occidental durante siglos— y crearon un sistema de leyes en el cual todavía hoy se inspiran los códigos civiles de algunos países.

En la Península Ibérica, la romanización transformó Iberia —un territorio poblado por gentes cuya conciencia de comunidad no iba más allá de la de pertenecer a una tribu— en Hispania —una más de las provincias de un imperio gobernado por leyes e instituciones comunes. Esta transformación, como la conquista militar que la hizo posible, fue muy lenta y afectó de manera desigual a diferentes zonas de la península. Después de los tres o cuatro

siglos de presencia romana todavía existían diferencias significativas entre las zonas de Hispania más romanizadas —normalmente las primeras en ser ocupadas y las más ricas e interesantes económicamente para el imperio— y aquellas en las que prevalecían los modos de vida tradicionales —que eran, además, las más pobres. A pesar de ello, la romanización de Hispania fue mucho más completa que la de otras provincias del imperio occidental.



Provincias, ciudades y vías romanas en Hispania

El proceso de romanización comenzó siendo una respuesta a la necesidad de establecer un control efectivo de los dominios recién conquistados. A medida que las legiones romanas iban controlando un territorio, el imperio iba

¿SABÍAS QUE...?

SÉNECA Y EL ESTOICISMO

El filósofo más conocido de la historia de Roma fue Lucio Anneo Séneca, un hispano nacido en Córdoba cuatro años antes de Cristo en el seno de una familia aristocrática de caballeros hispanorromanos. Fue educado en Roma, donde estudió filosofía y retórica. Tras pasar seis años en Egipto con otros parientes hispánicos regresó a Roma, donde llegó a ser senador y escribió obras dramáticas de contenido estoico que tuvieron un gran éxito. Fue víctima de la envidia de la mujer del emperador Claudio y pasó ocho años de destierro en Córcega, donde vivió en condiciones muy difíciles hasta que la nueva emperatriz, Agripina, lo llamó a Roma y lo nombró tutor de Nerón. En esta época escribió sus más famosos libros filosóficos, *De Brevitate Vitae* (Sobre la brevedad de la vida) y *De tranquillitate animi* (Sobre la tranquilidad del espíritu).

Después de la proclamación de Nerón como emperador, Séneca se convirtió en el hombre más influyente de Roma y promovió leyes humanitarias para proteger a los esclavos y para mejorar la administración del estado. Unos años después cayó en desgracia y abandonó la política. Estando ya retirado, fue acusado de complicidad en una conspiración y el emperador le obligó a suicidarse.

Séneca se dio muerte, según sus contemporáneos, con gran tranquilidad.

La filosofía estoica no fue creada por Séneca, pero él fue el gran impulsor de este movimiento intelectual que constituyó una de las bases de todo el pensamiento y la literatura occidentales. La idea de "sufrir con dignidad" y la importancia de la tranquilidad espiritual y psicológica para enfrentarnos a las dificultades de la vida se asocian, en la historia intelectual de Europa, con la figura de este autor hispanorromano. La tradición literaria española, sobre todo la de los siglos XVI y XVII, estuvo muy influida por el estoicismo senequista. Las ideas de Séneca fueron sin duda conservadas y transmitidas con celo especial gracias a las semejanzas que guardaban con algunas de las ideas del cristianismo, como por ejemplo la de la providencia:

Todo lo que la naturaleza humana tiene de bueno está libre de fuerzas negativas: no le puede ser dado ni quitado. Este cielo, mayor o más bello que el producido por la naturaleza, esta alma [...] estará con nosotros para siempre. Vayamos, pues felices a donde quiera que nos lleve la fortuna; el brillo de los cielos está a igual distancia de cualquier sitio, todas las estrellas están a la misma distancia de todos los hombres (*Ad Matrem Helviam de consolatione, VIII*).

introduciendo sus propias formas de organización, aunque respetando las costumbres locales cuando no existía una total incompatibilidad entre ambas. Con el fin de facilitar la administración, el imperio dividió la península en provincias cuyo número y extensión se determinaba según las necesidades del gobierno, del ejército y de la recaudación de impuestos, y no según criterios étnicos o geográficos. Por ello la estructura provincial de Hispania cambió a medida que se conquistaban nuevas tierras y que las circunstancias políticas del imperio así lo aconsejaban. Al principio se dividió el territorio ibérico controlado por los romanos en dos provincias: la Hispania Citerior, con capital en Cartagena, y la Hispania Ulterior, con centro en Córdoba. En la época de Augusto se añadieron las provincias Bética, Lusitania (entre el Duero y el Guadiana) y Citerior Tarraconense (muy heterogénea, que se extendía hasta el Cantábrico). Más tarde, la expansión hacia el noroeste añadió a las anteriores la provincia de Gallaecia-Asturica. Durante el bajo imperio, Hispania llegó a contar con seis provincias: Tarraconense, Gallaecia, Lusitania, Cartaginense, Bética y la africana Nueva Hispania Ulterior —que relacionaba por primera vez en la historia la Península Ibérica con el norte de África— a las que se añadiría después la Baleárica. Dentro de cada provincia existían

subdivisiones organizadas en torno a *civitates* (ciudades) —núcleos de población prerromanos muy romanizados o de nueva construcción— o *populi* (pueblos) —conjunto de aldeas y tierras más característico de las zonas en las que la romanización era menor y que mantenían algunas veces la organización prerromana.

Los romanos sabían que la administración eficaz del imperio requería una sofisticada red de infraestructuras, y por ello pusieron gran empeño en la construcción y mantenimiento de un sistema de *vías* que garantizara la comunicación entre todas las provincias. Esta red de caminos fue fundamental, no sólo para el comercio y la política, sino también para la transmisión de los valores y costumbres romanas a las provincias y, con ello, para la romanización.

Dada la importancia de la vida y la economía urbanas para la estabilidad y el progreso del imperio, los romanos impulsaron la creación de ciudades en los territorios recién conquistados y en las regiones donde no existía una economía mercantil. Estos nuevos centros urbanos cumplían la doble misión de facilitar el desarrollo económico y proteger las zonas agrarias de los ataques de las tribus no romanizadas. Las ciudades fueron también importantes centros de romanización. Su infraestructura incluía no sólo puentes, acueductos, calles y plazas, sino también templos, teatros y estadios desde donde se difundían el modo de vida y los valores romanos.

La romanización no fue únicamente un proceso impulsado por las instituciones políticas de la metrópoli; muchas veces fueron los propios invadidos los que buscaron modos de integrarse en el mundo romano. Los mercaderes y personas de negocios de Iberia se dieron cuenta muy pronto de que para conservar su posición socioeconómica tenían que participar en el comercio, la economía y la vida pública de los vencedores, y ello exigía la aceptación de la moneda y de los usos mercantiles romanos, además de su lengua y sus costumbres. Los romanos, por su parte, sabían que era necesario contar con el apoyo de las élites locales y por ello incentivaron su integración otorgando la ciudadanía romana a los jefes y comerciantes de las tribus celtíberas. Otras veces, la integración fue el resultado de la mera convivencia de dos pueblos. Este fue el caso de los matrimonios entre romanos y celtíberos, que crearon un grupo de *hispanorromanos* cuyas élites llegaron a tener una gran influencia en Roma y de las que salieron políticos —los emperadores Trajano, Adriano y Nerva, por ejemplo— generales e intelectuales —el filósofo Séneca, el escritor Marcial, e poeta Lucano— de extraordinario prestigio.

Muchos individuos accedieron a la nacionalidad romana y a la propiedad de tierras a cambio de años de servicio en las legiones romanas. Dado que el servicio militar se cumplía en cualquier lugar del imperio y en unidades militares compuestas por individuos procedente de diferentes provincias, los nuevos soldados debían aprender latín y convivir con compañeros con los que no compartían el ser ibero o galo, sino sólo el ser romano, y que defendían el imperio, y no una región determinada. Las tierras concedidas a estos veteranos ya romanizados estaban situadas frecuentemente en zonas recién conquistadas, con lo que el imperio lograba el triple objetivo de dar salida a su excedente de población, abrir nuevos mercados y explotaciones agrícolas y mineras y transmitir los valores romanos a las nuevas colonias. Las campañas romanas contra las guerrillas autóctonas habían creado, además, unos contingentes de esclavos que se utilizaron como mano de

obra barata en la agricultura o en la ganadería. Con el tiempo, muchos de ellos acabaron ganando la libertad y convirtiéndose en *libertos*, una clase social media-baja que internalizó rápidamente los valores del imperio, extendiendo así el proceso romanizador.

¿SABÍAS QUE...?

EL ARRIANISMO

El obispo Arrio, nacido en el norte de África en un ambiente cultural griego, fue el inspirador de una doctrina conocida como *arianismo* que acabó causando la mayor conmoción religiosa del cristianismo antiguo. Arrio negaba la divinidad de Jesucristo basándose en el énfasis que el Nuevo Testamento pone en llamarlo "hijo de Dios", igualándolo así con los hombres y la naturaleza humana. Según el arrianismo, Jesús no nació divino, sino que se convirtió en ser un ser espiritual con el tiempo y el estudio.

La rapidez con la que el arrianismo se extendió por Constantinopla y el Oriente llevó a la Iglesia a convocar su primer gran concilio en el año 325 (el

Concilio de Nicea), en el que esta doctrina fue calificada como *hereja*.

El arrianismo se extendió también entre los pueblos germánicos que estaban en contacto con el Imperio Romano y llegó a Hispania con los visigodos (414), quienes lo impusieron como religión oficial cuando ya estaba desapareciendo en el Imperio Oriental y en Italia. Las disputas entre visigodos arrianos y católicos fueron constantes, y agravaron la crisis de la Hispania posromana. El final del arrianismo español llegó cuando la monarquía goda se convirtió al catolicismo y lo impuso como religión oficial en todo el reino.

Ve a **De la Red** de este capítulo en www.prenhall.com/espanaayerhoy. Allí encontraréis sitios de información muy interesante y de fácil acceso.